

El tiempo de Adviento

El Adviento es un tiempo amable. El más amable de todos, seguramente. El clima de preparación de la Navidad, si se vive de forma humanizada y no como un mero bullir de compras y de organización de comidas, permite mirarse la vida con más paz, con el deseo de felicidad propia y para los demás, con una revitalización de los mejores deseos que llevamos dentro.

El Adviento, que empieza el cuarto domingo antes del 25 de diciembre y que, por tanto, puede durar, según como caigan las fechas, entre cuatro semanas enteras y tres semanas y un día, es el tiempo que nos conduce a la celebración de la entrada en la historia humana, hace poco más de dos mil años, en un pueblecito de Israel llamado Belén, de aquel que es la presencia misma de Dios, el Hijo de Dios. Podría parecer que un acontecimiento así tendría que ser algo espectacular, que dejara a todo el mundo boquiabierto y rendido a los pies del Dios hecho hombre. Pero no es así: Dios viene a vivir la historia humana en un niño débil, nacido pobre pero acompañado de toda la ternura de sus padres, María y José. Y este es el mensaje que el Adviento nos invita a vivir: la llamada a encontrar a Dios en la pequeñez, en la pobreza, en la sencillez cotidiana.

Pero hay más. Y es que, en esta sencillez del niño de Belén, se realiza la culminación de siglos y siglos de esperanzas, las esperanzas del pueblo de Israel. Unas esperanzas que, en su faceta más noble y auténtica, guiadas por los anuncios y las llamadas de los profetas, apuntaban hacia la llegada, en medio de este mundo sufriente, de alguien que abriría de parte de Dios un camino nuevo que sería buena noticia para los pobres, salud para los enfermos, libertad para los oprimidos, ánimo para los abatidos, paz y gracia y justicia para todos. El Adviento reaviva la espera de este camino nuevo, y anima a hacerlo realidad: anima a hacer realidad las aspiraciones más profundamente humanas de la humanidad.

Sí, efectivamente, el Adviento es un tiempo amable.

Las tres venidas del Señor

El Adviento nace, como ya hemos explicado al referirnos al origen y formación del año litúrgico, como preparación de la fiesta de Navidad. Adviento es una palabra latina que significa venida. Y la primera venida que preparamos es, obviamente, la que se produjo hace poco más de dos mil años en Belén. El nacimiento de Jesús es un acontecimiento que transforma nuestra historia humana, que la renueva y la llena de todo el vigor del mismo Dios, para que todos nosotros, todos los hombres y mujeres, caminemos por un camino nuevo y entremos en su plenitud de vida. Y la celebración de este acontecimiento merece ser preparada con la máxima intensidad.

Pero este sentido inicial del Adviento como preparación de la venida histórica del Hijo de Dios nos invita a no quedarnos solo en este acontecimiento pasado. Y es que

la venida del Señor sigue realizándose ahora, en nuestras vidas. El Señor viene cada día a nuestro corazón si lo tenemos abierto, y a través de todo lo que nos rodea y ocurre en nuestra vida: todo lo que sucede en nuestra vida y en nuestro mundo es una llamada del Señor, una venida del Señor; y, sobre todo, esta venida se hace especialmente viva en los pobres, que son siempre una especial presencia y una especial llamada del Señor. Y junto con esta venida en los acontecimientos de la vida, el Señor viene también a nosotros a través de su presencia eclesial, a través de la Eucaristía y de los otros sacramentos, a través de su Palabra proclamada, a través de la reunión de los creyentes, tal como él mismo prometió.

Y finalmente hay aún una tercera venida. Y es la venida definitiva del Señor al final de la historia, cuando reunirá a toda la humanidad en la vida plena de su Reino. Nosotros, en este mundo, caminamos hacia esta venida definitiva, y nos preparamos para estar bien dispuestos. Y él, Jesús, nos anuncia que este camino humano, a veces tan lleno de oscuridad y de sufrimiento, está llamado a convertirse, como dice el libro del Apocalipsis, en un cielo nuevo y una tierra nueva, donde Dios estará con los hombres y será su Dios, y ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, y el amor de Dios lo será todo para todos.

La oración más propia y significativa del Adviento es como un clamor: “¡Ven, Señor Jesús!”. Y en este clamor se incluye el anhelo de las tres venidas: Ven, Señor Jesús, para compartir nuestra existencia humana, como frágil recién nacido en el establo de Belén. Ven, Señor Jesús, cada día, a nuestra vida, en cada persona, en cada acontecimiento, y en la realidad plena del pan

y el vino de la Eucaristía. Ven, Señor Jesús, en tu Reino definitivo, para reunirnos contigo en aquel amor que será ya para siempre. ¡Ven, Señor Jesús!

Las actitudes del Adviento

El tiempo de Adviento, como cada uno de los tiempos litúrgicos, nos invita a vivir unas determinadas actitudes. Ya lo hemos dicho antes, que todas las actitudes cristianas son para todo el año. Pero sin duda nos va bien que por tiempos, por épocas, se destaquen algunos aspectos concretos del ser cristiano. Durante el tiempo de Adviento se pueden destacar sobre todo cinco actitudes:

1. La esperanza. Es tal vez esta la palabra que más se escucha en este tiempo. Esperamos la venida del Señor, y esperamos que su salvación se realice en nosotros y en nuestro mundo.

Bien lo sabemos que esta esperanza no se realizará definitivamente hasta que llegue el Reino de Dios para siempre, al final de todo, en la vida eterna. Y sabemos también que nuestro camino en este mundo está orientado y encaminado hacia este momento último, pleno, cuando Dios reunirá a sus hijos e hijas en su cielo nuevo, donde no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor.

Pero a la vez, esta esperanza se realiza ya ahora, se cumple ya ahora. Jesús nos enseñó que cada gesto de amor, cada momento de felicidad, cada sufrimiento liberado, cada injusticia vencida, cada experiencia de confianza en Dios Padre, es ya la realización de su Reino. Y por eso, a la vez que esperamos la vida nueva y definitiva que solo Dios puede dar, nos alegramos también de las

pequeñas o grandes realidades de vida nueva que acontecen entre nosotros.

Y, sobre todo, para que esta esperanza sea verdadera, tenemos los ojos muy abiertos ante los males y carencias que hay en nosotros y en nuestro mundo: si viviéramos satisfechos, si no nos diéramos cuenta del pecado que hay en nosotros y del sufrimiento que hay a nuestro alrededor, ¿qué esperaríamos?, ¿qué interés tendría para nosotros esperar la venida del Señor?, ¿qué ilusión nos harían las palabras tan luminosas del profeta Isaías cuando anunciaba, por ejemplo, que “habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos: un muchacho pequeño los pastorea” (Isaías 11,6)?

2. Preparar el camino del Señor. Es como la consigna de este tiempo, el grito que Juan Bautista proclamaba, allí en el río Jordán, a todos los que se le acercaban. El Señor viene, y la salvación es obra suya, no nuestra. Pero sería mentira decir que lo esperamos si, al mismo tiempo, nosotros no trabajásemos para empezar a hacer realidad aquello que esperamos que él nos dé. Si anhelamos un mundo donde reine la bondad, la justicia y el amor, un mundo donde no haya enfrentamientos ni lágrimas, un mundo donde Dios llene todos los corazones, debemos trabajar para que esto sea así. Tenemos que convertir nuestros corazones y tenemos que hacer lo que esté en nuestras manos para que nuestras vidas y nuestro mundo se acerquen cada vez más al proyecto de Dios.

3. El gozo. Podría parecer que el gozo hay que guardarlo para la Navidad, y que este es un tiempo más bien serio y de pocas alegrías. Pero esto no es exactamente

así. Es verdad que la explosión de alegría por la venida del Señor será en Navidad, pero ya ahora, de muchas maneras, se nos invita a vivir el gozo de saber que el Señor está aquí y nos salva.

En esto, el primer y gran ejemplo lo tenemos en los profetas. Ellos, incluso en las épocas más difíciles de la historia de Israel, invitaban a sus conciudadanos a vivir la alegría de saber que el Señor no los abandonaba, que estaba con ellos, que los guiaba y conducía. Y también nosotros. Nosotros sabemos que el Señor está aquí, que viene a salvarnos. Es verdad que, a veces, en la vida hay mucho sufrimiento y cuesta más encontrar esta alegría. Pero siempre, y en este tiempo especialmente, conviene mirar hacia lo más profundo de nosotros mismos y encontrar el gozo de tener a Dios en nuestro interior, acompañándonos siempre.

Pero el gran ejemplo de esta alegría lo tenemos en María, la Madre de Dios. Basta verla en su visita a su prima Isabel: el hijo que ella lleva en sus entrañas es la mayor alegría, nuestra mayor alegría. Porque nosotros, como María, también creemos en Dios y en todo lo que nos ha prometido.

4. La oración. Para vivir lo que este tiempo significa, para que entre profundamente en nuestro interior, es importante dedicar tiempo a la oración. Siempre hay que rezar, todo el año. Pero este tiempo es como una especial invitación a elevar el corazón hacia Dios: para acercarnos más a él, para desear su venida, para poner ante él la fragilidad de nuestra condición humana, para reconocer que sin él no podríamos hacer nada, para compartir con él la vida que hemos vivido y descubrir en ella su presencia amorosa, para compartir también

con él los gozos y las ilusiones a través de las cuales él se manifiesta y nos estimula, para mirar hacia nuestro mundo y presentarle nuestros deseos y nuestro trabajo para una vida más digna para todos... Y, sobre todo, para que penetre en lo más recóndito de nosotros la alegría de su presencia salvadora.

Este ambiente prenavideño en el que nos encontramos, que efectivamente tiene muchas virtudes, puede tener también el grave inconveniente de provocar, si no vigilamos, que todo nos pase muy deprisa, sin darnos cuenta. Estos días todos vamos bastante agobiados. Y por ello estaría bien que, de la forma que a cada uno le vaya mejor, buscáramos seriamente momentos para orar, para interiorizar lo que estos días celebramos y lo que celebraremos los próximos días de Navidad.

5. La paciencia. Muchas veces nuestros esfuerzos no dan el resultado que querríamos. Trabajamos por algo que creemos que es bueno, y no hay manera de que se haga realidad. Queremos convertirnos y mejorar en algún aspecto de nuestra vida, y no lo conseguimos. Miramos a nuestro país o a nuestro mundo, y querríamos que hubiera más justicia y bienestar para todos, y nos damos cuenta que hay demasiados intereses que lo impiden. Querríamos que Jesús fuera más conocido y amado, y no sabemos cómo hacerlo para que sea una realidad.

El Adviento es una invitación a trabajar sin desfallecer, aunque las cosas no salgan como esperaríamos. Lo dice la carta de Santiago, uno de los textos que leemos los domingos de Adviento: “Tened paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. El labrador aguarda paciente el fruto valioso de la tierra, mientras recibe

la lluvia temprana y tardía. Tened paciencia también vosotros, manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca” (Santiago 5,7-8). Tener paciencia, y mantenerse firmes, todo al mismo tiempo, hasta que el Señor venga.

El tiempo de Navidad

La Navidad es sin duda la fiesta más popular del calendario cristiano, aunque de hecho no sea la más importante. La más importante es la Pascua. Pero tampoco está mal que la Navidad tenga tanta popularidad, si sabemos vivirla bien.

Esta popularidad le viene, en primera instancia, por motivos no cristianos: celebrar que el día empieza a crecer, que la luz vence a la oscuridad, es algo que encontramos en todas las culturas. Ya hemos explicado que, de hecho, la fecha del 25 de diciembre se adoptó precisamente porque en Roma aquel día se celebraba el nacimiento del Sol. O sea que no nos ha de extrañar que, en estas fechas, creyentes y no creyentes, hagan fiesta. Y no es nada adecuada la recriminación que a veces algunos cristianos hacen a los que no lo son, diciéndoles que no tiene sentido que celebren una fiesta cristiana si no creen. No, esto no es verdad: la fiesta del 25 de diciembre es, indudablemente, una fiesta cristiana, pero antes de ser una fiesta cristiana, es una fiesta universal, de todos, que nadie debería querer apropiarse en exclusiva. Y es que de hecho, nosotros, los cristianos, es cierto que celebramos el nacimiento de Jesús; pero también participamos, y hacemos bien de hacerlo, de una alegría familiar y colectiva que no se debe al nacimiento

de Jesús, sino a la tradición universal de encontrarse festivamente en estas fechas.

Pero la popularidad de la fiesta tiene también, faltaría más, motivos cristianos, y de estos motivos vamos a hablar ahora.

Un gozo muy profundo

Merece la pena vivir y disfrutar, tanto como sea posible, el gozo cristiano de la Navidad. Y es que, como alguien ha escrito, lo realmente trascendente, lo que transforma la historia de la humanidad, es el hecho que Dios venga a vivir la historia humana. La muerte y la resurrección del Dios hecho hombre es, en realidad, una consecuencia: Dios no podía vivir la historia humana de otra manera que no fuera amando totalmente, y amar totalmente comporta forzosamente entrar en conflicto con los poderes de este mundo y acabar perdiendo, acabar muriendo por fidelidad a este amor; pero al mismo tiempo, esta muerte no podía ser en modo alguno el final de todo, porque el amor de Dios es más fuerte que todo el mal y todo el pecado y todos los poderes que dominan el mundo, de manera que, finalmente, el fracaso ante el mundo había de convertirse en vida y amor absolutos, definitivos, para siempre.

La Pascua es, sin duda, el momento en el que vemos y vivimos lo que ha significado la presencia de Dios en la historia humana, y por eso es la fiesta más importante para los cristianos. Pero cuando, el 25 de diciembre, nos reunimos con la alegría de contemplar como Dios viene entre nosotros, no podemos dejar de pensar que, realmente, aquí hay lo que hace que nuestra fe pueda

ser realmente una Buena Noticia: Dios se ha hecho uno de los nuestros, el camino humano tiene una grandeza total, tiene la grandeza de aquello más grande que podemos imaginar, tiene la grandeza de Dios. Y por tanto, porque tiene la grandeza de Dios, está destinado a la mayor e inacabable plenitud.

Pero no es solo esto. Esto, de hecho, podría parecer solo una elucubración teórica. Pero es que esta presencia de Dios no está solo dentro de nuestro cerebro. Esta presencia de Dios se ha hecho visible, palpable, y lo ha hecho de la manera más sencilla de llegar a los corazones y levantar el alma: esta presencia de Dios se ha hecho un niño pequeño, un recién nacido, que nos mira acompañado de la ternura de sus padres y de la desconcertada compañía de unos pastores que no saben muy bien lo que hacen allí pero que dicen que unos ángeles los han avisado... Y un niño pequeño que no está en ninguno de los lugares que pretenden ser los depositarios de la grandeza de este mundo, sino en un pesebre, un lugar donde a la frecuentemente desenfocada imaginación humana nunca se le hubiera ocurrido buscar a Dios... Pero es que este es el Dios verdadero: no hay otro, no puede haber otro... Dios tiene que ser así: pobre, portador de amor y de ternura, profundamente humano... Si no, no sería más que una proyección de los poderes de este mundo que acabarán llevando a este niño a la muerte.

Los relatos en torno al nacimiento de Jesús ocupan los dos primeros capítulos de los evangelios de Mateo y de Lucas, mientras que ni el evangelio de Marcos ni el de Juan lo mencionan. Pero de los dos que hablan de él, sin duda es el de Lucas (2,1-21) el que nos sabe transmitir

de la forma más cercana y penetrante, con su narración del nacimiento y de la adoración de los pastores, lo que significa celebrar que Dios se hace hombre. Y leyéndolo, nos damos cuenta de que, en efecto, los cristianos tenemos motivos para vivir la Navidad como una fiesta muy popular, muy arraigada en el alma. Porque nos muestra lo mejor –lo auténticamente mejor– que nosotros somos, y lo mejor que querríamos ser.

Esto es, por tanto, lo que celebramos el 25 de diciembre y el resto de días que constituyen este tiempo. No, no celebramos el día del aniversario del nacimiento de Jesús, básicamente, porque no tenemos ni idea de qué día nació. Como tampoco el 6 de enero celebramos el aniversario de la llegada de los magos de Oriente, ni el 28 de diciembre el aniversario de la matanza de los Inocentes (además, en este caso de la llegada de los magos y de la muerte de los Inocentes, queda claro que no puede ser el aniversario, porque la adoración de los magos fue antes del asesinato de los niños que ordenó Herodes). No, estos días no pretendemos celebrar aniversarios históricos, sino hacer memoria viva de un acontecimiento que transforma nuestra historia: la venida, entre nosotros, del Hijo de Dios. Y este acontecimiento es fuente de un gozo muy profundo.

Dios con nosotros

Situémonos ahora en el siglo octavo antes de Cristo. Eran tiempos de guerras. Acáz, rey de Judá, hombre no muy fiel a la alianza de Dios, veía cómo su reino era asediado por los reyes vecinos, y corría grave peligro de ser ocupado. Isaías, el profeta, le hizo llegar de parte de Dios un mensaje de confianza. Y, aunque parece que a

Acaz no le interese mucho fiarse de Dios, la palabra del profeta le llega igualmente: “Casa de David, el Señor, por su cuenta, os dará una señal. Mirad: la doncella está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel” (Isaías 7,14). Emmanuel es una palabra hebrea que significa “Dios con nosotros”.

La doncella de la que hablaba Isaías era probablemente la reina de aquel tiempo. Y el hijo que había de nacer era probablemente Ezequías, el que sería sucesor de Acaz. En este hijo, el pueblo podría ver cómo, a pesar de todos los peligros, la dinastía de David continuaba al frente del país y Dios no abandonaba su compromiso con aquel pueblo que se había escogido. Y por eso, al niño que daría a luz se le podía adjudicar este título solemne: Dios con nosotros. Porque Dios manifestaba de esta manera que continuaba con su pueblo.

Pero las promesas de Dios siempre van más allá de lo que las personas descubrimos de entrada. Y la promesa del Emmanuel, la promesa del Dios que quiere ser Dios con nosotros, no puede agotarse en las vicisitudes históricas de la monarquía judía.

Y poco a poco, dentro del mismo Israel se fue entendiendo que las palabras de Isaías apuntaban mucho más allá, y que la obra de Dios iba mucho más a fondo, mucho más a la raíz y a la plenitud de todo. En algo tan simple como las propias traducciones de los textos proféticos se produjo en un cierto momento un cambio, y aquella “doncella”, a la hora de traducir las palabras bíblicas al griego, fue presentada como “virgen”. Y el anuncio del Dios con nosotros llevó a intuir y anhelar una presencia de Dios que, con toda su fuerza, se hiciera él mismo presente en el mundo y condujera con su

amor, como compañero de camino, la vida entera de la humanidad. ¡Tendrá entonces mucho sentido hablar de una madre virgen! Porque será como decir que Dios quiere estar en medio de los hombres y mujeres superando todas las expectativas humanas, más allá de todo lo que nosotros somos capaces de imaginar.

María, la madre virgen, es la señal de todo esto. Y por ella llegará al mundo aquel que es realmente Dios con nosotros. Y nuestra afirmación de fe no será decir solo que Jesús es Dios. Nuestra afirmación de fe será decir que Jesús es Dios con nosotros.

Y Jesús será Dios con nosotros cuando saldrá al encuentro de la samaritana, cuando curará a la suegra de Pedro, cuando abrirá los ojos de tantos ciegos, cuando invitará a darse cuenta de que la obra de Dios crece aunque empiece con una pequeña semilla, cuando no dudará en romper con la ley de Israel para acercarse a los leprosos, cuando tocará el corazón de Zaqueo, cuando se indignará ante la insensibilidad del rico que no veía al pobre Lázaro en su puerta, cuando lavará los pies de sus discípulos, cuando perdonará a los que le clavan en la cruz, cuando dirá al desdichado ladrón que muere a su lado que tiene abiertas las puertas del paraíso.

Hay un texto evangélico que, aunque de entrada no lo parezca, recoge también muy bien esta misma afirmación de la presencia de Dios haciendo camino con los hombres y mujeres que peregrinamos en este mundo. Es el prólogo con el que empieza el evangelio de Juan (1,1-18), que es una especie de cántico meditativo sobre la venida al mundo del Hijo de Dios. El evangelista empieza diciendo que “en el principio ya existía la Pa-

labra”, y que esta Palabra “estaba junto a Dios”. Desde el principio, Dios ha querido ser palabra, comunicarse, hablar, darnos a conocer y vivir su Luz y su Vida. Nos ha querido transmitir lo que él tiene que decirnos para que conozcamos y vivamos a fondo el sentido profundo de todo, que es él mismo. Y esta Palabra, dijo el evangelista, “se hizo carne, y acampó entre nosotros”. En Jesús, en el hombre Jesús, que es carne de nuestra carne, hay todo lo que Dios tiene que comunicarnos: Dios mismo se hace uno de los nuestros, para que nosotros lo podamos ver y tocar y podamos llenarnos de él. “A Dios nadie lo ha visto”, termina Juan. Quien quiera ver a Dios, que mire a Jesús.